

LA LECTURA, EL TAXISTA

Letras
a
margen

La noticia, en el último octubre, del premio Nobel otorgado al escritor peruano Mario Vargas Llosa, fue recibida entre los mexicanos (no sólo escritores) con un júbilo casi unánime que de inmediato impregnó la atmósfera tanto en las reuniones físicas como en las virtuales. Según me dicen —no soy afecto a las redes sociales de Internet—, Facebook y Twitter se llenaron de comentarios felices y enhorabuenas y, en lo que respecta a las tertulias “a la antigua”, todo mundo se arrebató la palabra para declarar lo satisfactorio que había sido la concesión en 2010 de un premio tan cuestionado años anteriores. Incluso los alegatos de los infaltables críticos de siempre —quienes esta vez trataban de recordarnos que Vargas Llosa es un derechista recalcitrante, traidor a la revolución (?) y a las clases desprotegidas— fueron sofocados por esa generalizada corriente de orgullo que, si uno se fijaba bien, era posible percibir en las vibraciones del aire. No exagero. La prueba de lo anterior es que a mí me dio la nueva nada menos que el taxista que me conducía del aeropuerto a mi casa cuando regresaba de un viaje. Sin saber siquiera a qué me dedico, tras un silencio largo me preguntó de pronto: ¿Qué le parece el Nobel de Vargas Llosa? Yo, como siempre, había olvidado leer los periódicos esa mañana y respondí con indiferencia: Vargas Llosa no es premio Nobel. El tipo me miró por el espejo retrovisor con cierta lástima (ha de haber pensado que su pasajero era un verdadero ignorante) y reviró: Sí, señor, lo anunciaron hoy...

Por qué el reconocimiento a un escritor —que ni siquiera es mexicano— fue capaz de llenar de orgullo y alegría a un país como el nuestro? Se me ocurren algunas razones. En primer lugar, si bien Mario Vargas Llosa es originario del Perú, desde hace décadas mantiene una relación estrecha con México. Su presencia aquí es constante, y tanto entre los lectores de libros como entre quienes sólo leen periódicos su nombre es referencia. En cuanto a los primeros, me atrevería a decir que, junto con Gabriel García Márquez (y tal vez Octavio Paz y José Emilio Pacheco), se trata de un autor al que han leído incluso aquéllos que nomás cuentan con cuatro o cinco títulos en su biblioteca personal. Y quienes se nutren con los diarios siempre comentan sus artículos sobre política internacional, o sobre la situación de tal o cual

país específico. Además su rostro es conocido por muchos gracias a sus apariciones en televisión, y casi todo mundo recuerda que él fue quien calificó a las siete décadas de gobierno priísta en México como “la dictadura perfecta”. Es, pues, uno de nosotros, aunque no sea mexicano.

Entre los lectores asiduos, por otra parte, no son pocos los que conocen sus novelas desde que se iniciaron en el ejercicio de la lectura. En lo que respecta a quien esto escribe, él fue uno de los primeros narradores que leí, y desde el principio supe que su obra me acompañaría toda la vida. Como tantos, inicié en la preparatoria con *Los cachorros*, novela corta que se ajusta perfecto al universo del lector joven, tanto por su extensión como por su argumento, sin dejar de lado que las técnicas que Vargas Llosa despliega en estas páginas son una excelente introducción, para

quien no las conoce, a las maneras contemporáneas de narrar. De *Los cachorros* a *La ciudad y los perros* el paso resulta tan natural que uno podría pensar que ambos relatos fueron concebidos al mismo tiempo: las dos reflejan el agitado mundo de la adolescencia (aunque la primera inicie desde la infancia y concluya en la madurez de los personajes) con dura fidelidad y ninguna complacencia, lo que los lectores neófitos saben agradecer con la fidelidad a su autor. Y, de ahí, entrar a un relato como *La tía Julia y el escribidor* termina de aficionarlos a leer la obra de un hombre que ha sabido plasmar en sus novelas cada una de las edades del ser humano, con sus respectivas problemáticas y desde diversas perspectivas. Aunque confieso que no lo he leído completo. No suelo hacerlo con mis autores favoritos: acostumbro siempre dejar varios de sus libros

Y MARIO VARGAS LLOSA

CS EDUARDO ANTONIO PARRA

para después, con el fin de volver a ellos en esas temporadas en las que “no hay nada bueno que leer”.

Como escritor, debo asentar que Mario Vargas Llosa es uno de los principales maestros que se pueden tener en el oficio. Su manejo de la tensión, su manera de captar el interés de los lectores desde las primeras líneas es insuperable; para comprobarlo basta con recordar los diálogos con que inicia *La ciudad y los perros*, o la magnífica descripción de la selva peruana en los párrafos que inauguran *La casa verde*. Internarse en sus relatos es recibir un curso intensivo de ritmo y aliento literarios, de caracterización de los personajes con trazos mínimos, de estructuras novelísticas, de técnicas eficaces y económicas, y de puntos de vista narrativos. Quien quiera aprender cómo se aplican las estrategias con eficiencia y profundidad, debe leer y releer todas las veces que pueda *Conversación en la Catedral*, por ejemplo. Por si fuera poco, además, el Vargas Llosa ensayista siempre está enseñándonos cómo leer, desde la publicación de su *Orgía perpetua* sobre Flaubert y Madame Bobary, pasando por la *Historia de un deicidio* sobre García Márquez, hasta su reciente ensayo sobre la obra de Juan Carlos Onetti.

Pero quizá la razón más importante del regocijo general que provocó el premio Nobel 2010 sea que, al ser concedido a Mario Vargas Llosa, se convirtió en un homenaje a la lengua española. Y no es para menos. Después de haber sido ninguneado por los

académicos de Estocolmo durante dos décadas, nuestro idioma logró convencerlos de nuevo de que es cuna y ámbito de grandes escritores que no sólo han puesto sus respectivos países y regiones en el mapa de la literatura universal, sino que han contribuido a la evolución de esa misma literatura con la originalidad de sus palabras y la ingeniería interna de sus relatos. Por eso los mexicanos celebramos el reconocimiento tanto o más que los peruanos: como la lengua nos hermana, sentimos que el galardón de Vargas Llosa nos pertenece también. ¿Habría intuido esto la gente de la calle —incluso la que nunca en su vida ha abierto un libro— cuando se dio a conocer el premio? Si no todos, pienso que la mayoría sí lo hizo, y por lo menos por un momento, por unos días, se enorgullecieron de utilizar este instrumento intangible, heredado de sus padres, que sin que lo advirtamos de modo consciente nos significa como raza, como nación y como cultura: la lengua. El taxista que me anunció el logro de Vargas Llosa, por ejemplo, no tenía traza de lector, a pesar de que un tabloide descansaba en el interior de su auto junto a la palanca del freno de mano. Tampoco lucía como alguien que supiera quién es en realidad Mario Vargas Llosa. Y sin embargo su orgullo era genuino, en su rostro se leía una satisfacción inobjetable. Tanto, que al llegar a mi casa y bajarme del taxi no se podía distinguir quién estaba

más contento, si él —que quizá nunca ha leído nada del autor— o yo —que llevo leyéndolo toda la vida.

Pocos días más tarde, en una conversación con el escritor Hugo Valdés, ambos volvimos al tema y concluimos que desde hacía muchos años la decisión de la Academia Sueca no nos dejaba tan conformes como ahora. Repasamos las obras del autor, mencionando la experiencia de su lectura, las virtudes y enseñanzas de cada una. De pronto, Hugo comenzó a desmenuzar una de las novelas de Vargas Llosa que yo no había leído, y señaló algunas de sus aportaciones técnicas. Se trata de *Lituma en los andes*. Conforme las enumeraba, a mí se me generaba una urgencia de salir a comprarla para internarme de inmediato en sus páginas, pero como era de noche tuve que aguardar hasta el otro día. Hoy, después de haber concluido su lectura, sólo puedo reafirmar que, además de ser un cálido compañero de viaje, el gran escritor peruano es un maestro insustituible para quienes tenemos la literatura por oficio: la estructura, las estrategias, el tema y su desarrollo, el lenguaje y la construcción de los personajes de esta novela son al mismo tiempo una novedad y un terreno conocido, un descubrimiento y un retorno al ámbito familiar, un pasó más allá y otro hacia el centro de uno mismo... ¿Habría que esperar otra razón para celebrar con alegría sincera y envidia de la buena este premio Nobel? ☞